

.....  
A las ocho de la tarde, de regreso del María Cristina, mi amigo Tomás Gutiérrez reanudaba sus endiablados cálculos, cuando aparece en el comedor una doncellita muy mona, irreprochablemente uniformada.

—Señor... Está aquí un hombre..., como de pueblo...

—Sí, sí..., que pase, que pase en seguida...

El forastero penetró en el comedor. Saludó con sobria cortesía lugareña y el natural aplomo del hombre que se da cuenta de su importante misión.

—Como ya tendrá noticia, me encargó mi amo...

—Ya..., ya... Precisamente..., precisamente, —masculló mi amigo Tomás Gutiérrez, un tanto embarullado— estaba en este momento haciendo la cuenta..., pero...

Y, como el aperador lanzase una socarrona mirada, de soslayo, sobre aquella multitud de hojas de papel de «barba», cubiertas de números, para salvar el «bache» en que atascaba su marido, terció rápida:

—Usted sabrá la cantidad..., ¿no? Yo creo que son tantas pesetas y...

—¡Yo creo!, ¡yo creo!.. No se trata de creer—saltó el marido desafiadamente.

—Pues, tiene razón la señorita—afirma, imperturbable, el aperador.—Esa es la cuenta, céntimos, más o menos.... Con permiso.—Y dejó el sombrero sobre una silla.

—Se puede ver en seguida.

Con lento aire de suficiencia, el aperador saca un librito de papel de fumar, marca «Rey de Bastos»; luego, un trozo de lápiz costroso, que apenas mediría dos centímetros. Humedeciolo entre los labios, y se puso a escribir sobre el papel de fumar. Hablaba mientras escribía...

—El primero dio... tantas arrobas, libras..., onzas... El otro..., tantas arrobas..., libras... Ahora sumamos...En seguida todo esto se multiplica por cuatro..., para hacerlo cuarterones, ¿sabe usted?, y lo que salga se multiplica por el precio de la arroba de carne.. ¡Ya está—exclamó al cabo de unos minutos—; lo que decía la señorita.

Sin darse cuenta de la actitud, verdaderamente consternada, de mi amigo Tomás Gutiérrez, continuaba el aperador:

—Esta cuenta es muy antigua entre nosotros. Allá le llaman «la cuenta cochinerá», hablando con perdón... Y es una cuenta que no falla nunca.

## NUESTROS CLASICOS

# DE LA NOCHE

(ODA XLIII)

¿Do está, graciosa noche,  
Tu triste faz, y el miedo  
Que a los mortales causa  
Tu lóbrego silencio?

¿Do está el horror, el luto  
Del delicado velo,  
Con que del sol nos cubres  
El lánguido reflejo?

¡Cuán otra! ¡cuán hermosa!  
¡Te miro yo, que huyendo  
Del popular rüido  
La dulce paz deseo!

¡Tus sombras qué suaves!  
¡Cuán puro es el contento  
De las tranquilas horas  
De tu dichoso imperio!

Ya estáticos los ojos  
Alzando al alto cielo  
Mi espíritu arrebató  
En pos de sus luceros.

Ya en el vecino bosque  
Los fijo: y con un tierno  
Pavor sus negros chopos  
En formas mil contemplo.

Ya me distraigo al silvo,  
Con que en tu blando juego  
Los más flexibles ramos  
Agita manso el viento.

Su rueda plateada  
La luna va subiendo  
Por las opuestas cimas  
Con plácido sosiego.

Ora una débil nube,  
Que le salió al encuentro,  
De transparente gasa  
Le cubre el rostro bello:

Ora en su sólio agosto  
Baña de luz el suelo,  
Tranquila y apacible,  
Como lo está mi pecho:

Ora finge en las ondas  
Del líquido arroyuelo  
Mil luces que con ella  
Parecen ir corriendo.

El se apresura en tanto;  
Y a regalado sueño  
Los ojos solicita  
Con un murmullo lento.

Las flores, de otra parte,  
Un ámbar lisonjero  
Derraman, y al sentido  
Dan mil placeres nuevos.

¿Do estás, viola amable,  
Que con temor modesto  
Sólo a la noche fías  
Tu embelesado seno?

Juan MELENDEZ VALDES